

# Camino de Madrid.

## Via matricis.

**Primera estación: Los tordos condenan a J.**

La vida de este hombre, llamémosle J, empieza en una mañana de verano con esta condena: un parpadeo y una algarabía de tordos. Sin embargo, dos horas antes, a las seis, el gallo de Pedro, el vecino, confundido o torpe –todavía sin amanecer–, ya ha cantado a la noche pues el día aún andaba dormido, como J.

Son las ocho, J está despertando y en sus oídos la algazara de los tordos, el acompañamiento de los gorriones zascandiles, es un placer sin nombre, una dulce condena que saborea al paladear la saliva con los ojos cerrados, con la carne tersa más abajo.

¿Por qué esa actividad de tordos y gorriones si apenas el sol tiene fuerza para templar el cielo raso? Por una higuera. Delante de casa los higos amarillos penden lo mismo que regalos navideños mas con ese jugo insuperable que los pájaros sorben con lujuria pues también las aves del cielo saben comerse con fruición un higo bien abierto.

Bajo la sábana, J tasta, con los ojos cerrados por la pereza y el placer, ese festín de tordos, ese dulzor de higos que provocan que su sexo amanezca tan rápido como él mismo, ahí abajo, ahí, ahí.

Abre los ojos al fin y la luz azul entra por la ventana diáfana. Se levanta. Bebe un vaso de agua para acallar el desenfreno de higos que ha devorado



con los ojos cerrados –junto a los tordos- unos momentos antes.  
Tordos e higos.  
Traga saliva.

#### **Segunda estación: J carga con J (la cruz a cuestras).**

J está dando una corrida por los caminos de su pueblo, Candilichera. Hace recuento mental de la gente que vive allí en invierno y le salen trece, casi todos más cerca de los ochenta que de los cuarenta años. La excepción es Pedro, el del gallo, ese jovencito rácano que trabaja en la oficina de Hacienda de la capital, que vive aquí ya que el alquiler es mucho más barato.

Correr le permite hacer cosas, pensar mucho, mientras las piernas van a lo suyo. El único problema es que J debe cargar con J y, aunque es ligero, un cuerpo siempre es un cuerpo.

Deja de pensar y centra su mirada en un zorro que está ahí delante, a menos de veinte metros, inmóvil en mitad del camino. El animal le mira asombrado, qué hace ese bobo corriendo sin escopeta, parece decir la alimaña con las orejas altas. Al fin retrocede y vuelve a detenerse y a retroceder hasta que al final tira por la tangente y cruza los rastros para ocultarse en una acequia.



Los pinares están secos, todo está agostado este verano, aún a primeros de julio. Ahora J se acuerda de su padre y de la película *Doctor Zhivago* (en este paraje se rodaron varias secuencias).

Su padre, antes de jubilarse, fue panadero. Trabajó como extra, de soldado ruso en la trinchera, muriéndose una y otra vez, toma tras toma, hasta que se cansó de tirarse y se fue a casa a seguir haciendo pan. Le gusta hablar mucho a su padre, adornar las cosas, le llaman *el Fantasías* por estos pueblos. El año pasado tuvo un cólico nefrítico y J lo llevó de urgencia al hospital. Entonces le contó "lo de la película". "Lo de la película" resultó ser que había tenido "una aventura" con una actriz de *Doctor Zhivago*, "la delgadita y rubia", es decir, Julie Christie. Que en el rodaje de una de esas muertes repetidas, "la rubia delgadita" se le acercó, lo tomó por los hombros y se puso a acariciarle el pecho antes de arrimar su mejilla a la de su padre y susurrarle al oído: "Ahora, amásame tú bien los pechos, panadero, que son de buena masa". Y su padre le dijo a J que no hizo más que ponerle la mano por encima de la ropa a la rubia delgadita y que enseguida notó en las palmas como un latigazo, igual que si llevara la corriente de alta tensión en la punta de los pechos y que luego, pues eso, "pasó lo que pasó".

Esto se lo dijo su padre a J mientras aguardaban en urgencias al

médico. "Me parece que esto es la muerte de verdad", le auguró sin tino a su hijo, "así que voy a contarte lo de la película, cuando tú naciste". Y le soltó esta historia. Después vino el médico y *el Fantasías* para su sorpresa, se recuperó en un suspiro. Desde entonces no ha vuelto a decir nada del tema. El padre ignora que Julie Christie no conocía en 1966 ni media palabra de castellano.

El zorro reaparece. El sudor le cae por las sienes a J y nota un placer malsano al tiempo que en la cabeza se le presenta la imagen dorada de Julie Christie, esos ojos azules, el cabello, la piel nueva. Los girasoles inclinan las cabezas hacia el sol. A la izquierda hay una chopera que trae unas gotas de frescor. Los pinos se asfixian.

J está llegando al pueblo. Interrumpe su corrida. Le pesa el cuerpo, esa cruz a cuestas. En las cunetas del camino este verano abundan las achicorias, esas flores miedosas que se esconden por la noche, o cuando sopla el viento frío, que tienen un azul como los ojos de Julie Christie, la rubia delgadita a la que el padre de J hubo de amasarle los pechos, que son de buena masa, panadero, que son de buena masa, verás *Fantasías*, toca, toca, verás, verás...

#### **Tercera estación: J cae por primera vez.**

Han venido ya algunos niños al pueblo a pasar el verano con sus abuelos. J está haciendo estiramientos con la pierna apoyada sobre una alpaca de paja.

Hay un enorme montón de paja debajo de la pila de alpacas, paja suelta, seguramente desprendida de un buen puñado de esos enormes rectángulos que se han liberado de sus cuerdas. Sólo son las diez de la mañana y media docena de niños se acercan a J.

Se hace raro ver madrugar a estos mocosos.

J sigue con sus ejercicios de elasticidad mientras los niños se le aproximan con prudencia o temor. J los mira sin dejar de hacer sus gimnasias, sin entender muy bien por qué esos chavales se le acercan, cada vez más parsimonia, se echan entre sí, unos a otros, miradas de complicidad.

Uno diría que los chicos quieren algo y que no les tienen todas consigo, puede que J les estorbe o les moleste o no se fíen de él o, al contrario, necesiten algo que solamente tiene, esa manera taimada y lenta de acercarse a las personas cuando quieren algo, tan común a niños y gatos.

El sudor patina por las sienes de J con regueros largos, igual que un soso helado de hielo que se derritiera hacia la nada. J mira de nuevo a los chicos, quienes, sin dejar de avanzar, acortan los pasos, alzan los ojos ofendidos por el sol hacia el castillo de paja. J acaba de caer.

Sí, acaba de caer en que lo que estos chavales quieren es tirarse desde arriba hasta el montón mullido de paja, ¡cómo no! Así que J les invita, con un gesto de la mano, a que se acerquen a él. Y entonces es el mismo J quien trepa por las alpacas hasta la cima

y una vez allí, no se cae, no, sino que se lanza, se tira con los brazos en cruz, con placer pueril, al colchón de paja que le espera abajo y que lo recoge como una madre blanda de brazos multiplicados.

#### **Cuarta estación: J encuentra a su madre (que es una santa).**

La cama hecha, el desayuno preparado (unos cereales, un tazón de leche, una pieza de kiwi, se lleva mucho ahora eso de la fibra y el tránsito intestinal), una bolsa de plástico del supermercado (dentro: un táper de aluminio desechable con filetes empanados y torreznillos, un cacho de pan, un botellín de agua fría, dos servilletas de papel), la ropa para el viaje sobre la cama, las inevitables sandalias de peregrino, debajo. Cuando J sale de la ducha ve cómo su madre, que es una santa, claro, le tiene todo dispuesto para el viaje. -Vamos hijo, que tienes mucho camino por recorrer.

#### **Quinta estación (de autobuses): Simón, *el Pirineo*, le ayuda a llevar su cruz.**

En estos tiempos es complicado ir caminando a los sitios. Las gentes se dan largas caminatas para adelgazar o para derrotar a las enfermedades coronarias o para ir en chándal parece que también algunos andan todo el tiempo. Pero no para ir a los sitios. Desde la mañana, desde la algarabía de los tordos lujuriosos que sorbían los fluidos a los higos bien

abiertos, como hombres, como hombres con lenguas, desde entonces, J está condenado a viajar.

J hace girar su coche en la última rotonda y lo detiene en una plaza del aparcamiento de la estación de autobuses.

Saca el billete, sube al autobús. Simón, el conductor le da una palmada a J en la espalda con conmiseración o tal vez con camaradería. A ese fortachón del autobús le dicen *el Pirineo*. Quién sabe por qué, lo mismo nació por donde esas montañas.

-Vamos, que nos vamos-dice-. Y nadie contesta. J cierra los ojos.

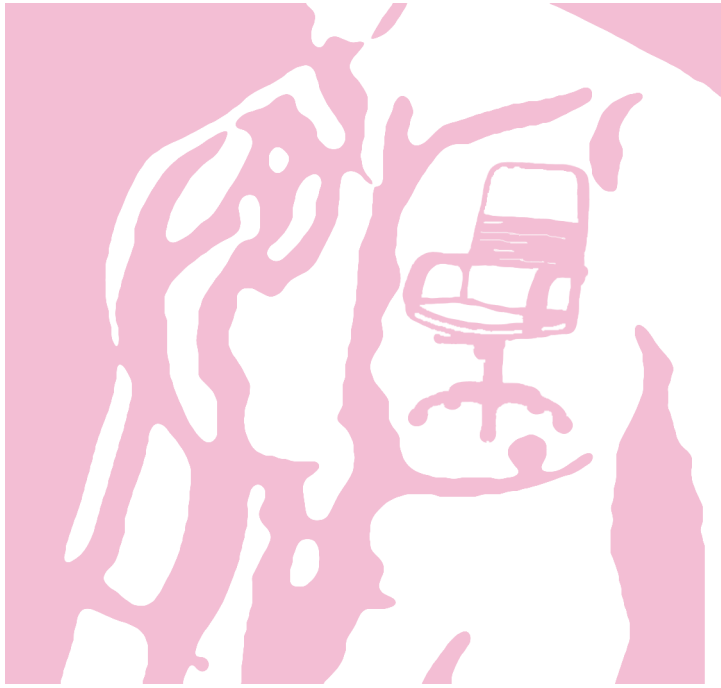
#### **Sexta estación: la Verónica limpia el rostro de J.**

Ha sido un viaje agradable para J. Con los ojos cerrados, figurarse cosas dentro de la cabeza mientras la luz, levemente anaranjada al traspasar los párpados, le entibiaba los ojos y le tostaba la cara.

Además, durante la ruta, el aire acondicionado le hacía cosquillas en las orejas como si un corro de angelitos de la guarda, pegados a su espalda, le susurraran secretos.

Las puertas del autobús se han abierto con ese ruido que recuerda al vapor que sale de la olla y un aliento gigante, dulce, hirviente se ha colado dentro sin permiso. Hace mucho calor en esta estación de autobuses atestada de gente.

J desciende con determinación las escaleras, busca un lugar donde sentarse, el propio suelo. Abre la



mochila y se come con gana las viandas, el agua es ya un pis. Los restos a la papelera, J, a la papelera. Con el estómago aliviado y el calor siente una tensión en la entrepierna que crece sin fingimiento. Se levanta J. Camina. Sin salir de esa entraña subterránea, se dirige hacia la estación de metro. El calor le moja la frente en un sudor generoso. Es bello lo que ve de pronto: una muchacha rubia, vestida de azul, también los ojos. Ella también le mira a él, y le sonrío, y le acerca una mano. -Gracias Verónica-le dice J-, después de tomar el pañuelo de papel que le ofrece. Al momento se enjuga el sudor del rostro y vuelve a sonreírle a esa chica de uniforme azul, la del letrerito que pone *Verónica*, que se da un aire a Julie Christie, que sigue empujando papeles, otras inmundicias, con su escoba, hacia el recogedor, que se va, que se van los dos.

Verónica, que quiere decir *la que lleva la victoria*.

**Séptima estación: J cae por segunda vez.**

¿A qué ha venido? ¿Qué hace aquí J, a punto de coger la línea 6, Circular, en la estación de Avenida de América de Madrid? Un misterio. J es lo que se dice un aldeano, un pueblerino. Fue el último en nacer en Candilichera, al lado de sus padres, rodeado de las bestias del



establo (en las casas de los pueblos, en esos tiempos, la cuadra de las mulas estaba en la planta baja, como los cuartos de las familias) y después ya los niños nacieron en la capital, en el hospital blanco y caliente. No murió su padre de aquella. Sólo fue un pedrusco en el riñón, suficiente para que le contara "lo de la película". J escuchó -es un hijo obediente- la palabra de su padre, ese milagro de amor entre él y la rubia delgadita, dotada de todas las gracias. "Sabes hijo, desde aquí se fue a Madrid, a seguir con el rodaje del *Doctor Zhivago*, a un pueblo, Canillas, o Canillejas, no recuerdo bien el nombre. No pude ir tras ella y ya no la volví a ver más".

J mira el mapa de la pared. Repasa con el dedo el recorrido de las distintas líneas 1, 2, 3, 4, 5, 6... Circular. Cae. De nuevo cae en algo curioso. Se percata de que el trazado de la línea 6, Circular, no es circular, sino que más bien dibuja dos pechos, un buen culo detrás. Lástima que la teta izquierda esté roma y no acabe en un formidable y picudo pezón como el derecho (la cúspide sabrosa es "Ciudad Universitaria", claro).

Cierra los ojos (todo sabe mejor así) y con la vista de dentro aventura un recorrido de sus manos hacia los senos de, por ejemplo, la rubia delgadita, la Julie Christie de su padre, en tanto su dedo índice hace el trayecto ciego sobre el mapa de metacrilato, las formas redondeadas

de la línea 6, y la saliva le empieza a escasear al fondo de la boca y el pulso se pone a latir con el ritmo saltarín de los gorriones revoltosos. Vamos, J, no te entretengas... ¿A qué has venido, condenado? J abre los ojos lleno de gozo. Y piensa en su padre: el hijo ha de hacer el camino que no pudo hacer el padre. Ir tras esa mujer llena de gracia –piensa en aquellos ojos refulgentes de Julie Christie, la luz del camino- y emboca el pasillo que da a la línea 4, dirección Parque de Santa María. La penúltima parada es Canillas.

#### **Octava estación: J consuela a las mujeres.**

El camino no ha de estar exento de dificultades. No bien ha entrado en el vagón de metro, J ha buscado el acomodo de la pared, apoyarse contra un lateral del convoy, cruzar las piernas para hacer de su cuerpo una base sólida donde sustentarse. Enseguida se ha mirado los dedos de los pies que salían por los huecos de las sandalias. Les ha ordenado moverse suavemente, con intención de relajarlos. Allí abajo los deditos en sus celdillas de cuero cabeceaban como crías de ratón recién nacido, chatos y rosados, lentos y presos, pelones. Puede que el sofoco le haya nublado el entendimiento. El caso es que han pasado tres estaciones sin que J haya salido de su ensimismamiento, sin poder recordar el fin de su peregrinaje.

En la estación de Esperanza, ha alzado de pronto la vista y se ha topado con la pena. Uno encuentra la pena, así, sin comerlo ni beberlo. En el vagón han entrado tres mujeres: una anciana, otra de mediana edad, adolescente la última. Las dos mayores enlutadas desde las medias tupidas –incómodas para este verano cruel- hasta las chaquetas de punto rigurosamente abrochadas. Se le figuran a su madre y a su abuela en el entierro del bisabuelo (J apenas retiene esa imagen de luto, su madre y su abuela, agarradas del brazo cerrando la puerta de casa, él quedándose allí con una prima mayor). La adolescente no encaja en el trío. Aunque lleva una camiseta negra (de algún grupo de música), los piercin le horadan la nariz, las orejas, el labio, las cejas, la barriga gorda, y tiene un gesto de fastidio en la boca. La suma de las tres mujeres es un anacronismo, semejante a una de esas trampas que se hacen ahora en algunas películas al tomar personas de tiempos distantes que luego funden en un mismo plano. Las mujeres tienen los ojos turbios, los párpados hinchados y a las dos les tiembla la boca. J las mira. Ellas también lo miran a él (la adolescente esconde la vista). La gente de pueblo cuando viene a Madrid mira todo el rato: a las personas, a las cosas, a todo lo que se mueve. En cambio, los madrileños caminan esquivando los ojos, como si fijar la mirada en tus iguales te convirtiera en estatua de sal. Se miran. J les dice con los ojos que lo siente, que qué lástima que haya muerto el abuelo o el nieto o

el hijo, que mucha entereza, mujeres, que salud para rezarlo, para recordarlo. Una voz femenina en lata anuncia Canillas y J sale del vagón. La chica del piercin ocupa el lugar que él deja y las dos mujeres lloran muy despacio, afablemente reconfortadas tras sus miradas pueblerinas.

#### **Novena estación: J cae por tercera vez.**

"Aquella mujer era un ángel, con ese pelo rubio rubio y esos ojos azules azules –le había dicho *el Fantasías* a su hijo, el día del cólico nefrítico-. Cuando me solté aquello al oído y me miró con esos ojos se me hizo a la idea de que estaba en el mismísimo cielo". J ha buscado el rastro de un ángel, algo semejante a la estela de un recuerdo, la luz impoluta e inmarcesible de un serafín femenino y sensual. Ha ido de Canillas a Canillejas, ha saltado de la 4 a la 5, sin premio. ¿Cómo buscar una luz con pechos gráciles y labios largos? ¿A quién preguntar acerca de un ángel libidinoso que enamoró a un panadero de Candilichera? Cae por tercera vez. J cae de nuevo en que probablemente su viaje no busque eso. Es conocido que la vida es un camino proceloso, que los pasos del peregrino encuentran zancadillas, que la mente del viajero ha de extraviarse a ratos, hay encrucijadas traicioneras y cebos que confunden. Cegado por ese fulgor que sólo ve con los ojos de

dentro, ha decidido descansar. Está en un banco en la estación de Pacífico, sentado, la cabeza entre las manos, vencido hacia delante como un viajero sin norte. Hace calor, mucho calor.

#### **Décima estación: J se despoja de sus vestiduras.**

Hace calor, mucho calor y J se ha quitado la camisa. Los huesos de las costillas se destacan como surcos bajo el pecho insignificante. ¿Puede estar pensando en el libre albedrío? ¿O en el destino? ¿O en la casual causalidad? ¿Reflexiona acerca de la existencia humana? ¿Quizá se esmera en encontrar el sentido de sus pasos, ahí, de metro en metro, viajando por los túneles de Madrid? No. O sí. ¿Está condenado a perseguir algo, la luz de Julie Christie, el aroma sutil de los magnolios floridos, el placer de la carne, acaso el dolor que acostumbra a venir detrás...? J se vuelve a poner la camisa, deja el banco y enfila hacia la línea 1, dirección Puerta de Castilla. ¿Por qué? No lo sabemos. Se diría que en lo más profundo de los seres vivos anida un guía anónimo y oculto que les empuja a tomar decisiones. Al llegar a Antón Martín, J nota un leve movimiento bajo el vientre, un bostezo ahí abajo, un desperezarse paulatino, una calmosa aunque progresiva tirantez bajo la tela. ¿Será un aviso del guía anónimo? Lo interpreta como una señal y sale a la calle.



Se deja llevar.

Desde este instante ya sólo es un niño obediente de la mano que camina hacia la Plaza de Santa Ana. "Tus muslos como la tarde / van de la luz a la sombra". Un bisbiseo brota de los labios metálicos de la estatua de Lorca y J sigue su andadura y está en la calle Amor de Dios y enseguida su vista juega con la perilla escueta de Lope de Vega. "Cuando yo vi mis luces eclipsarse, / cuando yo vi mi sol oscurecerse". La tarde, a pasitos, va avanzando con J que contempla las guedejas y los quevedos de Quevedo y entre sus piernas la arrechura se va concretando. "La llama de mi amor, que está clavada / en el alto cenit del firmamento, / no mengua en sombras ni se ve eclipsada". Esa presión sin disimulo ahí abajo, ¿un timón?, y J arriba a la calle Cervantes, "que amor suele de hecho / facilitar la más difícil cosa". ¿Es ahí?

J está frente al número 11 de la calle Cervantes y su sexo le hace pensar en un galgo de muestra, el rabo tieso y expectante ante la presa cercana. Llama a la puerta. Y dentro, Eva.

Eva es redonda y carnosa y una marea de tordos y de higos sabrosos acuden a la imaginación de J (o al recuerdo). "Aquí pasó Lope de Vega los últimos años de su vida junto a su última amante, Marta de Nevarés y algunos de sus numerosos hijos". Viste Eva una piel morena,



el cabello oscuro, un asomo de bigotillo sobre los labios gordos la hacen una diabla apetitosa. En el huerto de la casa, J toma de la parrá un par de uvas todavía sin curar y el sabor acerbo se mezcla con el olor del laurel y de las granadas y J ha de cerrar, de nuevo, un poco los ojos para saborear todo eso, y los vaqueros de Eva apresando tanta delicia, la camiseta accidentada y sinuosa. "Cuando Lope conoció a Marta de Nevarés, que era una veinteañera infelizmente casada, él se había ordenado de sacerdote y contaba ya con una numerosa prole y con una larga historia de amores detrás". Un grupo de gente, junto a J, escolta a Eva (sube las escaleras y sus nalgas son dos panes de hogaza trepadores).

El estudio, la alcoba, el oratorio, los cuartos de los hijos, de las hijas, la cocina, la buhardilla... ¿Qué le importa todo eso ya a J, pues Eva? Bajo el pantalón, la muestra, fija, atenta.

Duerme la tarde.

-Me has caído bien- le dice Eva, un terciopelo en las palabras que ya no hablan de Lope ni de Marta ni de Sor Marcela ni del Duque de Sessa-. Te voy a aceptar esa caña que me has ofrecido, salgo en diez minutos. Y luego, la plaza de Santa Ana, al abrigo de Calderón y de Lorca, las cervezas como tentaciones o manás y luego, más allá, los labios y J que le lame los ojos a Eva y Eva que también tiene terciopelo bajo

la camiseta y los latidos que corren como diablillos, o como gorriones enredadores, y J que es despojado de sus vestiduras...

#### Undécima estación: J es conducido hacia la cama.

No hay viaje sin retorno.

Desde Huertas han ido... dejémoslo.

Ya de noche, antes de volver a casa, en un vagón de metro J ha rastreado entre las viajeras: mujer rubia, preferiblemente con trenzas, que lea un libro gordo, forrado con periódico (la gente que lee en el metro forra los libros para ocultar lo que lee, ¿un best seller?). Y así pensar que la elegida, rubia con trenzas preferiblemente, lee *Confieso que he vivido*, las memorias de Neruda, justamente ese episodio en el que cuenta cómo es seducido por una mujer sin rostro –es de noche– mientras duerme sobre un montón de paja en una jornada de siega en el campo. Eso le gusta a J, ya de noche, antes del regreso, buscar entre las viajeras a esa mujer que se ha escapado del libro que lee, que se ha hecho carne desde el papel.

Esta vez le ha tocado a una pelirroja delgada, con una sola trenza. Pero sí, leía un libro gordo forrado con papel de periódico, seguro que sí leía eso del montón de paja, las manos ciegas y la carne caliente bajo el cielo sereno...

Ahora, al fin, J está en casa.

J se lava los dientes y nota en la lengua un cansancio

disculpable después de tanto. Fuera, duermen los tordos, los gorriones, el gallo de Pedro, las achicorias de las cunetas, acaso esté el zorro preparando su celada, la boca agua por las gallinas.

En Candilichera la noche despejada trae un despilfarro de grillos y de ranas cantarinas. Madrid es un recuerdo fresco, el vello negro, el terciopelo de Eva –una carnosidad de higo maduro–, ese bigotillo súcubo.

Bajo el pantalón de pijama, aún cabecea a ratos el juguete, como si se resistiera a dormirse del todo.

J observa en el espejo sus labios hinchados y le crece una sonrisa desde las esquinas de la boca.

El cuerpo le pesa como una cruz de mármol pero J no tiene más remedio que llevarlo, que conducirlo.

Recorre el pasillo, alcanza su cuarto, se desploma sobre la cama con los brazos abiertos igual que si fuera a dar un abrazo a todo.

#### Duodécima estación: J duerme en su cama.

Silencio. J ya duerme.

#### Decimotercera estación: el cuerpo de J baja de la cama.

En el cuarto de las chicas, Sor Marcela, la hija monja de Lope, acuna entre sus brazos a Lorca y le cuchichea una nana. Federico no dice nada. Tiene los ojos dormidos y un chupete con forma de nardo le tapa la boquita. Se escucha una melodía fuera, es una canción suave con punteos de balalaicas.

Entonces, se abre la puerta del cuarto y penetra una lengua de nieve blanquísima. Sobre ella, se desliza Julie Christie con un niño entre los brazos. El niño, que tiene el rostro de un adulto, de *el Fantasías*, arrulla amorosamente una pequeñísima barra de pan. "Amásame tú bien los pechos, panadero, que son de buena masa". Y la criatura con cara de mayor que hociquea entre la blusa lila de la rubia delgadita y ésta que se muerde los labios mientras entorna los ojos. Y de pronto se abre un cajón del aparador y completamente plana, como un dibujo animado o una calcomanía, sale Eva, sin volumen ni olor ni bigotito ni hogazas en las nalgas y se escurre bajo la alfombra historiada de la estancia y allí, encima de ella, empiezan a vomitar los dos bebés, Federico tan maleducado, *el Fantasías* con inaudito descaro. Y Sor Marcela que abre las piernas bajo el hábito y la rubia delgadita que se ahueca el vestido y se ponen a orinar las dos, a mear sobre la alfombra, que se empapa de asco, que bañan a Eva, que está debajo, lisa, plana, como un dibujo animado o una calcomanía...

-Menos mal, se dice J, en tanto se duele del coscorrón, -la noche vigila fuera de su cuarto- una vez ya sale de esa pesadilla, tras caerse de la cama, qué tortazo, pero, en fin, que sólo ha sido un sueño, un mal sueño...

#### Decimocuarta estación: el cuerpo de J vuelve a la cama.

J toma un poco de agua del vaso que descansa en

la mesilla y recupera su cama. Los grillos y las ranas han cesado su alboroto. Dentro de dos horas el gallo de Pedro, el vecino, volverá a equivocarse pues anunciará el día aun siendo de noche y después, la algarabía de tordos, los picos que sorben los higos bien cuajados y enseguida parpadearán los ojos de J, despacio, premiosamente y al fin de día otra vez, el verano entero en la ventana del cuarto, el amanecer ahí abajo, entre las sábanas, bajo la ropa, ahí abajo. El mundo –o el cielo– sigue girando.

Julio Izquierdo Asensio.

Ilustraciones: Mario Gómez González.

---

*Julio Izquierdo Asensio ha obtenido premios de relato en Soria, Burgos, Jaén, Zaragoza, Huesca y Madrid. Su obra narrativa breve se recogió en "Los hijos secos" (junto a Paralaje de Fermín Herrero), 2000. Antes habían aparecido algunos relatos suyos en los volúmenes "Por los ríos de Soria", 1994 y "Cierzo soriano", 1999. Colabora como reseñador de crítica literaria en la revista "Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura".*